

Salviano de Marsella y el cristianismo

Salviano es sin duda uno de los autores cristianos más importantes. A pesar de sus carencias, las cuales se expondrán, defiende ciertos valores universales y prácticas cristianas de una valía incalculable. Su escrito más importante "*De gubernatione Dei*" o *Sobre el gobierno de Dios* se ha traducido al castellano después de casi 1600 años de su redacción original en latín. En éste expone su ideario, centrado en la axiología y el buen actuar, además de realizar una detallada descripción de la decadencia y desintegración del Imperio romano. El mismo título de su otro texto importante *A la Iglesia contra la avaricia* denota su posición crítica y transformadora, mientras que el resto de documentos que le son atribuidos se reducen a nueve cartas de carácter más personal.

Mediante una cita de San Juan (2:6), en la que se alude a Jesús, expresa la síntesis de su cosmovisión: "*El que dice que está en él, debe andar como él anduvo.*" Esto es, aquel que se dice cristiano tiene que vivir como Cristo vivió y debe aspirar a seguir su ejemplo, tanto en su autoconstrucción individual como en su vida comunal y revolucionaria.

A modo de epítome, los principales beneficios del estudio de Salviano y su obra son: 1) su vida puede servir de inspiración en determinados aspectos; 2) adentrarnos en su época, conocer acerca del hundimiento del Imperio romano; 3) averiguar sobre el cristianismo verdadero, el perseguido por Roma, por medio de textos únicos y originales; 4) ayudarnos en la comprensión de la historia y por ende de la realidad presente; 5) descubrir acerca de la rebelión bagauda y su relevancia histórica; 6) favorecer que nos demos cuenta de nuestras verdaderas necesidades, las cuales son mayormente inmateriales; 7) alentar el resurgir del sujeto, su autoedificación como tarea principal hoy y siempre; 8) suscitar un cambio civilizador que se inspire, en parte, en grandes metas como las que propugna, ante todo en el amor como esfuerzo y sacrificio desinteresados; 9) recuperar el aprecio por los clásicos, por lo positivo de la cultura occidental y sus excelsos valores civilizadores.

La vida y obra del marsellés nos sirven de enlace entre el cristianismo, hostigado y falseado hasta casi su desaparición, y la revolución altomedieval, proceso en el que nace Europa, fundada en buena medida a partir de magníficos ideales cristianos. El mejor ejemplo es el de la Península Ibérica, como se expone en *El derecho consuetudinario en Navarra, de la revolución de la Alta Edad Media al Fuero General* de Félix Rodrigo Mora.

Igualmente, gracias a su legado podemos atestiguar la división sempiterna entre la Iglesia y el cristianismo. A finales del siglo III, los hostigamientos, torturas y asesinatos de los cristianos más combativos se incrementaron, a la vez que Roma conformaba otro grupo de "cristianos" a su servicio que fabricaron una falsa doctrina cristiana, la cual lograron imponer en el año 325 d.c. con el concilio de Nicea. En otras palabras, las élites romanas crearon un conjunto doctrinal parcial y formalmente similar a la cosmovisión cristiana, mas en verdad antagónico, con el propósito de destruirla y acabar con las insurrecciones populares de una vez por todas. Un riguroso estudio que revela las verdaderas intenciones del principal artífice en la creación de la Iglesia, el Emperador Constantino I, es *Constantine versus Christ: The Triumph of Ideology* de Alistair Kee.

Esa confrontación se materializó singularmente en el movimiento cenobítico cristiano, en el cual participó Salviano, pues fue monje del monasterio de Lérins y después del cercano San Víctor de Marsella. Como se explica en el texto anexo sobre el monacato, existieron distintas expresiones de ese complejo movimiento, por lo que se debe juzgar cada realización según sus características particulares. En nuestro caso, la obra *Sobre el gobierno de Dios* expone un ideario-cosmovisión elaborado colectivamente, como era habitual en la época, fruto del pensamiento y sentir del cenobio de Lérins, donde también crearon la *Regla de los Cuatro Padres*. De ésta cabe destacar la recuperación del trabajo universal (todos efectuaban seis horas de trabajo manual y tres de intelectual), el colectivismo, el afecto mutuo y la negación de Roma en tanto que esclavista y militarista, por lo que podemos definir aquélla como regeneradora. No obstante, contenía carencias como su aislacionismo, el excesivo peso del abad o la exclusividad de monjes varones. Pero, en conjunto, dada la abyecta situación social y moral de la época, se puede afirmar que su naturaleza fue civilizadora y que contribuyó positivamente a la regeneración de Occidente en los comienzos de la Edad Media.

Merece la pena resaltar la gran aportación que realizó el monacato civilizador respecto al trabajo libre, en una época donde casi no existía en ningún otro lugar del mundo; más, si cabe, teniendo en cuenta que incluso hasta nuestros días se mantiene el trabajo esclavo. Su determinación en instituir un laborar autónomo, uno que permitiera el desarrollo de la virtud personal, provocó una auténtica revolución del trabajo. Esta transformación se materializó posteriormente en los avances en ámbitos como la construcción, la artesanía, la metalurgia, la agricultura, la creación de nuevas máquinas como molinos, batanes, sierras de agua, etc.

Así pues, una de las tareas más acuciantes a día de hoy es recuperar la grandeza del trabajo, el cual, como antaño, se ha convertido en foco de depresión, abyección y muerte espiritual a la vez que física.

Salviano de Marsella y su obra

Salviano nació alrededor del año 400 d.c. en la Galia, probablemente en Tréveris, en aquella época la ciudad más importante del Imperio romano occidental después de Roma. Con certeza perteneció a una familia adinerada, pues poseyó considerables bienes y tuvo una educación elitista; su conocimiento de la jurisprudencia y códigos romanos indica que hubo de recibir una formación legal, o que su posición privilegiada le obligaba a educarse en tales menesteres. Pese a que gozaba de una vida excelsa en lo material, plena de seguridad, dinero e influencia, decidió deshacerse de todas sus pertenencias a fin de convertirse al cristianismo, junto con su mujer Paladia y su hija Auscipiola, lo cual es por sí mismo digno de elogio. Acto seguido resolvieron marcharse a Lérins, donde residieron en monasterios separados. De hecho, tras su partida Salviano estuvo distanciado durante siete años de sus padres aristócratas, seguramente con la intención de romper con su pasado, con su vida egoísta, cómoda, segura, lujosa e inmoral, para vivir en una comunidad fraternal y construirse como una persona esforzada, desinteresada, humilde, frugal, fuerte, amorosa, inteligente y libre.

En el prefacio de *Sobre el gobierno de Dios* señala que vive conforme a un principio ético cardinal: lejos de pretender cualquier provecho personal o alimentar su vanidad, ansía beneficiar a los demás a través del esfuerzo y servicio desinteresados.

Si bien, un propósito principal de la obra es demostrar la existencia-presencia de Dios y su gobierno del mundo, mas en este prólogo no se abordará esta dimensión. Lo religioso es postergado respetuosamente, puesto que se considera secundario. Se analizarán los aspectos históricos, éticos, políticos, sociales y del sujeto. Asimismo, se comentarán los aciertos de nuestro autor y, aunque los menos, sus errores, al tiempo que se apostillarán las ideas-ideales que se consideren valiosos y útiles para la humanidad toda.

De su texto resalta la gran consideración que otorga a los hechos, desaprobando la palabrería y los dogmatismos, opinión que recoge del cristianismo, cuya máxima era el amor *en actos*. Debido a lo cual ambos se oponían radicalmente al poder jerárquico, al patriarcado y al esclavismo, los cuales impedían de facto cualquier relación convivencial o afectuosa. Según ellos, las palabras, normas u oraciones son vacías e inútiles si no están fundamentadas en obras, así como nuestras acciones son mucho más importantes que la fe o las creencias. Esta pasión por los hechos y la experiencia es lo que rompe con la verbosidad y doctrinarismo del mundo antiguo. Es más, a raíz de este apoyo al saber experiencial, el proveniente de la realidad concreta, se sentaron las bases del pensamiento técnico y científico que aflorará en Europa occidental en los siglos posteriores.

El de Marsella incluso propone prescindir del Viejo Testamento, lo mismo que de los preceptos cristianos menores, con el fin de que todo individuo se focalice en seguir las principales enseñanzas de Cristo: amor, esfuerzo, desinterés, fortaleza y valentía.

Este énfasis en la ética individual, ante todo vivir en el amor, es crucial para la actualidad. Las religiones, ideologías, fanatismos, etc. que plagan las sociedades presentes anulan la capacidad de las personas para tener una conducta basada en el sentido común y regida por unos valores mínimos. Salviano nos recuerda que es inútil tener grandes ideas, sueños y esperanzas o ser fiel a costumbres o reglas muy elaboradas si no atendemos lo importante: llevar una vida ética y comprometida con el bien, una lucha por los valores humanos universales.

La propuesta del marsellés de vivir en el amor, a nivel individual basado en un obrar comprensivo, afectuoso y desinteresado con los iguales, y a nivel colectivo estableciendo una sociedad donde el amor, y por ende la libertad, sea hacedero, es vital. Este es el fundamento último que debe situarse por encima del resto, entendido como un compromiso de autoconstrucción personal para llevarlo a cabo, igual que un compromiso junto con nuestros iguales para establecer una organización social verdaderamente humana.

De manera que cualquier filosofía, religión, ideología o cosmovisión que no presten la suficiente importancia a este asunto, o directamente lo obvian, pasarán a ser una farsa y un impedimento para su consecución. O, lo que es lo mismo, una justificación, apoyo e incentivo a la continuidad y fortalecimiento de las estructuras y las aspiraciones tiránicas de aquellos que anhelan u ostentan el poder.

Otro rasgo clave que comparten Salviano y el cristianismo es su cercanía al estoicismo. A la vez que nuestro autor critica a los Epicúreos, ya que confunden la virtud con el placer, enuncia que son propensos a los vicios y excesos. Respalda la idea griega y romana de virtud, como fortaleza de la persona para ser, estar en el mundo y autoformarse a través de la voluntad y el

esfuerzo. Nos dice que hemos de evitar lo cómodo, lo fácil, los lujos, las quejas, las vilezas,... al tiempo que alaba un sujeto vigoroso, sin temor a sufrimientos, penas, dolor, carencias, hambre,... sino que crece y mejora a causa de estos.

Hasta aquí bien, pero el marsellés llega a despreciar la carne, el soma, que tilda de inferior, debido a un exceso de ascetismo. En esto contradice al cristianismo, que desde sus orígenes, en contra de las filosofías ascéticas, cuidaba y amaba lo humano en su totalidad, y al cual las ideas de castidad, pudor y celibato le eran desconocidas antes de Nicea, como bien explica Paul Veyne en *La société romaine*. Además, aunque Salviano condena repetidamente la fornicación, el adulterio y el libertinaje, es necesario advertir que en la antigüedad esos términos también se utilizaban en sentido metafórico, en cuanto a prostitución y falseamiento de las ideas cristianas originales.

Una prueba definitiva de la libertad sexual cristiana se ubica en la revolución altomedieval hispana, cuando se volverá a exaltar lo corporal, hecho plasmado en el arte románico popular de los siglos XI, XII y XIII. Un pormenorizado análisis al respecto lo encontramos en *Tiempo, historia y sublimidad en el románico rural. El régimen concejil. Los trabajos y los meses. El románico amoroso* de Félix Rodrigo Mora; asimismo relevante es su artículo *El templo románico de San Martín de Artáiz (Navarra) o las desventuras de una historia amañada* (<https://esfuerzoy servicio.blogspot.com/2016/02/el-templo-romanico-de-san-martin-de.html>), donde se muestra que en dicho templo (un pequeño edificio de aldea, que no llega a los 100 metros cuadrados) se combina la cultura vascona/navarra con la cultura europea universalista del arte románico, y con una aplicación de un texto de Séneca, que se concreta en la célebre cabeza trifronte de dicha iglesia.

El de Marsella retrata en detalle la ruina y ocaso del mundo romano, llegando a realizar una descripción de tal calidad que ha sido definida como la aportación más importante de su obra. Narra las invasiones de los diversos pueblos bárbaros y cómo, a sus ojos, aquellos eran superiores éticamente a los Romanos, cuyos peores vicios eran: ansia de poder, robar, desamor, mentir, búsqueda de lujos y placeres, emborracharse, libertinaje, adulterio, amoralidad, gandería, hipocresía, hedonismo, frivolidad,... De ahí su sentencia de que “*la cautividad del alma es peor que la del cuerpo.*”

Históricamente trascendental es su descripción de los ataques de los Vándalos a Cartago y Cirta, al certificar el completo desmoronamiento de la sociedad romana. Atestigua que aquéllos, al cercar esas ciudades, se afanaban en matar a los soldados y prisioneros que se encontraban fuera de los muros de la ciudad, mientras que dentro de éstos las élites romanas locales continuaban las fiestas, los vicios y la depravación. Él mismo presencié un delirio similar cuando los Godos atacaron Tréveris, y lo define así: “*los lamentos de muerte se mezclaban con el clamor de los circos.*” Si esto no fuera suficiente, sostiene que tras la tercera destrucción de esta ciudad, con las consiguientes enfermedades y peste, la solución que la plebe rogaba a los poderosos era el circo. Consecuentemente, Salviano declara que los espectáculos son fuente de inmoralidad y degeneración, secundando a Séneca en su máxima: “*nada es tan ruinoso para el buen carácter como pasar el tiempo en cualquier espectáculo*”.

Así mismo, es admirable su respeto por los bárbaros, herejes y paganos, lo que muestra su ausencia de fanatismo, más aún, su amor fraternal. Al contrario que la mayoría de autores

“cristianos” de la época, el de Marsella, emulando al *Apocalipsis* de San Juan, identifica a Roma, a su gente connatural, como el meollo del mal, en lugar de buscar un chivo expiatorio. No obstante, yerra al omitir la colaboración que existía desde siglos entre los Romanos y los pueblos bárbaros, a quienes critica, pero no suficientemente. Este es un fallo sustancial, pues aunque afirmara que desaparecían los vicios en las ciudades que los bárbaros conquistaban, en esencia eran sociedades con estructuras de poder idénticas, y en consecuencia las fechorías acabarían resurgiendo, como así sucedió finalmente. Esta posición suya de simpatía hacia los nuevos conquistadores fue la que probablemente le llevara a pasar los últimos años de su vida apartado de realizar tareas intelectuales, dado que posteriormente observaría la verdadera naturaleza de aquellos. En este sentido, Salviano tampoco reprobó las persecuciones de cristianos realizadas por los bárbaros, ni su colaboración en la liquidación de las revueltas campesinas bagaudas.

Volviendo a sus aciertos, su tesis acerca del porqué Roma estaba siendo conquistada por los bárbaros la expone así: *“No es ni la fuerza natural de sus cuerpos la que les hace victoriosos, ni la debilidad de nuestra naturaleza la que nos hace propensos a la derrota... únicamente son nuestras vidas inmorales las que nos han conquistado.”* En otras palabras, estaban siendo vencidos debido a su inferior calidad como individuos, y por tanto como sociedad, lo cual provocó la ruina de su civilización. Este razonamiento no sólo tiene mérito reflexivo, sino ético, porque pone en el centro del devenir histórico a la persona, quien dependiendo de sus capacidades y voluntad determina su destino. Es decir, la calidad del individuo es lo capital, la primera meta ontológica; de ahí que Sócrates sostuviera que *“una vida sin examen no merece la pena ser vivida”*.

El fin de Roma también se debió a factores medioambientales y agrícolas, como bien señala para casos similares Jared Diamond en su libro *Colapso*, a la insostenibilidad del modelo urbano de ciudades en contraposición al rural, y a un sistema político tiránico enfrentado a lo humano. Si bien el marsellés nos ofrece un análisis de mayor profundidad y acierto que Diamond, ya que para él la virtud individual es el fundamento de toda sociedad.

En nuestros días la degradación y la destructividad son premiadas; se incentivan la estupidez, la debilidad y la pasividad. A la gente se le dinamita para controlarla, otorgándole dirigentes, partidos y todo tipo de estructuras a fin de que deleguen su “existencia”. Por consiguiente, la batalla por la propia autoconstrucción es la más importante, pues sin ella lo humano no alberga futuro, ni éste valdría la pena.

La noción de sujeto que hallamos en el cristianismo es una continuación de la griega y romana, aunque también se nutre de las culturas autóctonas, en primer lugar de la esenia. El cristianismo defiende la idea de sujeto que se hace a sí mismo, convirtiendo a la persona en el núcleo de su cosmovisión. A diferencia de otras religiones y filosofías, como las orientales, su antagonista es el poder, el Estado, en aquellos tiempos Roma, enemigo de las virtudes personales y de la libertad individual, de forma que rechaza el gregarismo y propone el comunismo como única vía para erigir sociedades libres, dado que éste establece relaciones de respeto y afecto entre las personas. Por todo ello, es fácil delinear su conexión con la filosofía cínica, pues comparten con ésta, además de su individualismo y actitud heroica, el

aprecio por lo inmaterial, la frugalidad, el rechazo de las jerarquías, y el repudio de los ricos y poderosos.

Ídem, Salviano, como análogamente hicieron el donatista Ticonio y Prudencio, plantea la bipartición del ser humano. Reitera que éste es imperfecto, capaz de hacer el bien y el mal. Esta posición se enfrenta a la de San Agustín y demás gerifaltes, quienes se consideraban superiores por el mero hecho de pertenecer a una determinada religión. Asegura que todos nos equivocamos y que debemos ser juzgados con arreglo a nuestras acciones, dado que nadie es perfecto, aun cuando tenga la razón o haga el bien circunstancialmente; por lo que simultáneamente, al negar que de forma natural existan personas superiores a otras, confuta la injusticia, el victimismo y el despotismo. En definitiva, el objetivo ha de ser batallar nuestro mal interior incluso más que el exterior, a fin de ser un poco mejores cada día y, por consiguiente, capaces de aportar a la edificación de una sociedad cualitativamente superior.

Un elemento positivo más del marsellés es su enfrentamiento a San Agustín, quien publicó *Ciudad de Dios* unos años antes a *Sobre el gobierno de Dios*. Sus libros se contraponen casi por completo, lo que denota una lucha de idearios y fines. El de Hipona se formó en el maniqueísmo, luego es lógico que apoyara principalmente la obediencia, la sumisión y el doctrinarismo. En cambio, Salviano ante todo patrocinaba el amor en actos, el desinterés y la ayuda mutua. Aquél respaldaba a Roma y el esclavismo, mientras que Salviano rechazaba ambos. Su aversión de la esclavitud la proclama con la cita de Mateo (20:28): "*Cristo no vino para ser servido, sino para servir*".

El donatismo

Al final de su obra Salviano dedica más de quince páginas a comentar la situación de África, lo cual es una excepción, puesto que no aparece otro colectivo al que procure tanta atención. En aquéllas refiere las numerosas persecuciones de hombres santos, religiosos, monjes o simplemente de buenas personas que se resistían a la barbarie que se vivía en aquella provincia romana, una vez la más rica, y para aquel entonces repleta de felonías y abyección. Nos cuenta que "*las mayores maldades y vicios*" ocurrían en África, de tal forma que merecían todas las penas que estaban sufriendo a manos de los bárbaros. Por tanto, a pesar de que no les cita, de sus palabras podemos deducir que respalda a los Donatistas, un grupo popular cristiano del norte de África, quienes padecieron y sobrevivieron las persecuciones y matanzas de Roma, hasta que fueron masacrados por el Islam en el siglo VII. Que no aparezcan citados probablemente sea fruto de la censura, o incluso de la autocensura. El último libro, el VIII, acaba abruptamente, además de ser el más corto, ergo los especialistas indican que está incompleto. En vista de que el de Marsella falleció muchos años después, con toda seguridad el texto fue modificado. Tal vez hablara de los horrores que sufrieron aquellas gentes a manos de los Romanos, a las órdenes de capitostes tan relevantes como San Agustín. Esta crítica, como es razonable, no hubiera pasado desapercibida, por lo que o bien le obligaron a retocar su escrito, o las autoridades directamente amputaron esa parte.

Ahora bien, Salviano no secundó del todo el movimiento donatista, como tampoco el bagauda, el cual se examinará más adelante. El donatismo, llamado así en honor al obispo Donato, quien se enfrentó a Roma en el siglo IV, surgió a raíz de la persecución de cristianos que no aceptaban el nuevo orden de cosas, que rechazaban el nuevo Imperio romano, el cual

ambicionaba absorber al cristianismo con la creación de la Iglesia católica y su falsa doctrina, y que al fin y al cabo era el mismo Estado tiránico y genocida de antaño; si se desea profundizar en esta problemática, acudir a la obra de Gonzalo Puente Ojea, especialmente a *La formación del cristianismo como fenómeno ideológico*.

La fuerza del donatismo, su moralidad, lucha y fidelidad a los valores auténticamente cristianos acabaron influyendo de una forma determinante en el movimiento cenobítico cristiano de la Península Ibérica, como se puede observar en la extraordinaria influencia de Ticonio en el Beato de Liébana, autor de la obra más preeminente de la Alta Edad Media Hispana, sus *Comentarios al Apocalipsis de San Juan*.

La tibieza de Salviano ante el donatismo se debe a que el marsellés era contrario al enfrentamiento armado, de modo que adoptó una postura en cierta medida reformadora. Para el siglo III muchos cristianos habían interiorizado un pacifismo utópico y suicida, sin embargo, esta coyuntura se agravó notablemente después de la gran persecución de Diocleciano de los años 303-313 d.c., cuando los más combatientes, resilientes y abnegados fueron exterminados. Empero, la gestación e imposición de la falsa doctrina cristiana, a cargo de las élites romanas y sus acólitos, al embelesar y embaucar a gran número de fieles cristianos, fue la causa mayor de la terminación del espíritu revolucionario del primer cristianismo.

En sus orígenes, al formar parte del movimiento esenio, los cristianos practicaban la autodefensa armada, y consideraban legítimo resistir al poder por medio de las armas. Así lo evidencian las siguientes palabras de Jesús (Lucas 22:36): “y el que no tenga espada, venda su manto y compre una.”; y (Mateo 10:34): “No penséis que he venido a la tierra a traer la paz: no he venido a traer paz, sino espada.” En el año 66 d.c. los judíos, inclusive esenios y cristianos, toman Jerusalén y la liberan del yugo romano. Cuando Roma decide enviar al general Tito en el año 70 d.c. los esenios acuerdan defender el asedio de Jerusalén, lo cual, dado que se enfrentaban a un enemigo a quien no podían vencer por aquel entonces, provocó su exterminio. En cambio, los cristianos optaron por la estrategia correcta de no luchar ante tales circunstancias desfavorables, y en su lugar decidieron expandir su cosmovisión transformadora. No obstante, esta posición no belicosa debió finalizar una vez el equilibrio de fuerzas hubiera cambiado a su favor, mas ciertos sectores del movimiento cristiano se habían desmovilizado. Desgraciadamente, su acierto estratégico se acabó convirtiendo en componente de su cosmovisión, relegando así la lucha armada legítima, al tiempo que sellando su triste sino. Unos pocos siglos más tarde, en la revolución peninsular de la Alta Edad Media, se recupera esta dimensión cristiana fundamental, con la formación de las milicias concejiles hispanas; véase *A Society organized for war. The Iberian municipal militias in the Central Middle Ages, 1000-1284* de James F. Powers.

En suma, los donatistas sostuvieron una terrible batalla en defensa de su libertad y mismidad, en gran parte siendo fieles al verdadero espíritu cristiano. Estos norteafricanos fueron continuadores y siguieron los pasos de los primeros cristianos del Levante (Judea, Galilea,...), quienes, de forma encomiable, combatieron y se resistieron a ser aniquilados física y espiritualmente por personas y estructuras de poder que pretendían someterlos, esclavizarlos,

aculturarlos y destruirlos, tanto a nivel individual como grupal, es decir, su cultura, valores e historia.

Los bagaudas

Como ya hemos apuntado, una de las mayores aportaciones de Salviano es la fiel descripción que efectúa de las condiciones sociales de su época. Especifica la forma en que el Estado estaba triturando a sus gentes cuando éstas simultáneamente padecían las continuas invasiones bárbaras, a la par que denuncia la crueldad de los poderosos, su corrupción, tiranía e injusticia, la concentración de la propiedad, la miseria del pueblo y el avasallamiento fiscal. El crecimiento de la carga tributaria fue tal, que profiere: *“El enemigo es mejor que el recaudador de impuestos”*. Como resultado, paulatinamente más personas libres se encontraban en situaciones de servidumbre, incluso forzados a convertirse en esclavos. Por tanto, arguye, muchos eran compelidos a renunciar a la ciudadanía romana y huir a territorio bárbaro, una decisión tremenda pero que Salviano excusa, lo mismo que justifica la revuelta armada contra Roma, como en el caso bagauda. Sobre ellos comenta: *“preferirían vivir como hombres libres, aunque en aparente cautiverio, que como cautivos en aparente libertad.”* Con esta declaración manifiesta su rechazo del sistema romano, cada vez más tiránico, y su amor por la libertad. Asimismo respalda a los Bagaudas en su determinación de plantar cara al Imperio, aunque sólo hasta cierto punto.

El levantamiento bagauda fue una respuesta popular ante la múltiple opresión del estado romano, compuesto en su mayoría por campesinos libres, aunque ídem había esclavos, colonos, bandoleros y algunos descontentos de clase social media-alta. Se originó en el año 285 d.c. en la provincia de Armónica, al noroeste de la Galia, mas fue reprimido ese mismo año. El texto anónimo *Querolus* del siglo V nos dice que allí se dio una sociedad antagónica a Roma y que regían la *“ley natural y la del bosque”*, a la vez que *“las sentencias capitales se pronunciaban bajo los robles”*. Estas y otras referencias indican que los Bagaudas eran independientes política, jurídica, económica y culturalmente, y que recuperaron la tradición prerromana, especialmente celta, de autogobierno mediante asambleas llevadas a cabo debajo de grandes árboles.

A principios del siglo V resurgió en esa misma zona, además de emerger en Hispania, ocurriendo ciertas revueltas de menor importancia en los Alpes. En la Península Ibérica se circunscribió a la región Tarraconense, entre los Pirineos y el Valle del Ebro. De acuerdo con J.C. Sánchez León en *Los bagaudas: rebeldes, demonios, mártires. Revueltas campesinas en Galia e Hispania durante el Bajo Imperio*, las rebeliones bagaudas únicamente tuvieron lugar en Armónica y Vasconia, a pesar de existir las mismas condiciones socioeconómicas en el resto de provincias galas e hispanas. La razón de tal anomalía es que aquellas eran las regiones menos romanizadas, por lo que al conservar parte de sus culturas prerromanas poseían amor por su mismidad, libertad e independencia. Es decir, al tener una cosmovisión y una identidad histórico-cultural opuestas en muchos aspectos a las de sus opresores, fueron capaces de configurar un proyecto propio y enfrentarse a ellos.

Por otro lado, debido a que los cristianos que se unieron a los Bagaudas pertenecían al cristianismo sin comillas, cuando los rebeldes atacaron Tarazona (Zaragoza) en el año 449 d.c. no tuvieron problema en dar muerte al obispo León, pues formaba parte de las perversas

élites romanas locales. También este episodio prueba tanto la existencia de dos cristianismos enfrentados en aquellos tiempos, como que Salviano apoyó al popular-civilizador.

Empero, los Bagaudas no pretendieron suprimir todas las élites ni sus estructuras, hecho que demuestra las carencias de su proyecto revolucionario y planteamientos estratégicos. Aunque probablemente su mayor error fuera no generar una cosmovisión transformadora universal, o al menos una para el conjunto de la sociedad romana, de ahí su localismo. Otra limitación fue su naturaleza plenamente rural, lo que evitó que a ellos se sumara alguna porción de los innumerables oprimidos de las áreas urbanas.

Al final, conforme a la *Crónica de Idacio*, el Rey godo Frederico “*bate a los Bagaudas Tarraconenses, a solicitud de los Romanos*”, sus aliados, en el año 454 d.c. Los supervivientes debieron refugiarse en el Alto Valle del Ebro, en las regiones montañosas más aisladas, donde luego se tuvieron que mezclar con parte del movimiento ermitaño y cenobítico popular cristiano, el cual se concentró en la llamada *Capadocia del País Vasco*. Así pues, la confluencia de los Bagaudas supervivientes, que representaban la cultura vasca/norteña prerromana, con el cristianismo revolucionario, conformó una resistencia sólida y eficaz frente al poder visigodo, que no fue capaz de conquistarlos, como sí hizo con el resto de la Península Ibérica. A partir de esa fusión y de su perseverante batalla contra los Visigodos, gestaron una nueva sociedad con una nueva manera de entender el mundo y unos nuevos valores, dando origen al proceso creador-civilizador que se ha denominado *Revolución de la Alta Edad Media Hispana*. Sus logros más excepcionales fueron el comunal, el concejo abierto, el derecho consuetudinario y la milicia concejil, y sobre todo una cosmovisión cuyo quid era el sujeto y el amor entre iguales.

De hecho, la verdadera esencia revolucionaria del cristianismo, materializada en el monacato cristiano revolucionario hispano, tuvo tanta relevancia en la península ibérica debido a que rememoraba el substrato popular previo, la cultura y cosmovisión de los pueblos antecesores a la irrupción romana, no sólo los Vascones sino también los Celtíberos, de los cuales proviene Castilla, con los cuales luego se acabaría fusionando. Es preciso mencionar que los Celtíberos construyeron una sociedad democrática, moral, fraternal, ecológica, eficiente y próspera que no tenía jerarquías sociales ni Estado. Un genial estudio al respecto se encuentra en *Naturaleza y origen más probables de la sociedad celtíbera* (inédito) de Félix Rodrigo Mora. Y otro en la misma dirección sobre los Íberos de David Algarra Bascón es “*Continuidad cultural ibera en la Edad Media catalana*”, que complementa lo dicho en su obra “*El común catalán. La historia de los que no salen en la historia*”.

Entonces, pese a que los Romanos demonizan a los Bagaudas, Salviano les escuda, hasta ser la mayor fuente escrita sobre ellos. Pero, como ya se ha sugerido, su propuesta política es deficitaria. Por un lado encontramos su defensa diáfana de vivir como Cristo, ergo patrocina la vida comunal. En cambio, no propugna una sociedad organizada por medio de asambleas, algo que sí hizo el cristianismo.

El cristianismo revolucionario

Con el propósito de dilucidar el proyecto original cristiano se analizará el texto bíblico *Hechos de los apóstoles*, de donde se extraen las respectivas citas entrecomilladas. Aun siendo cierto que los documentos testamentarios sufrieron grandes retoques y tergiversaciones a lo largo de

las centurias, fundamentalmente a manos de la Iglesia católica romana, lo explicado a continuación también está verificado por abundantes datos, referencias y restos de origen no sólo cristiano, sino pagano, verbigracia autores como Tácito, Flavio Josefo, Luciano de Samósata et altri. El programa político-social cristiano en esencia era:

- El sujeto es crucial. Puesto que pretendían luchar *“con toda valentía”* contra la opresión, la injusticia y la ignominia de las élites, necesitaban constituirse como personas con un rotundo compromiso, sacrificio y *“esfuerzo siempre..”*; así como con *“fortaleza”*, pues les esperaban *“prisiones y tribulaciones”*. E igualmente con desinterés, magnanimidad y heroísmo, hasta el punto que uno debe estar *“listo no sólo a ser atado, sino también a morir.”*

- Vida comunal, frugal y basada en el amor mutuo: *“Y todos los que creían se reunían y tenían todas las cosas en común.”* *“Vendían sus posesiones y bienes, y los repartían a todos, a cada uno según tenía necesidad.”* Anhelaban maximizar la convivencia, la confianza y la interconexión personal: *“La multitud de los que habían creído era de un solo corazón y una sola alma. Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que todas las cosas les eran comunes.”* *“No había, pues, ningún necesitado entre ellos.”*

- Organizarse mediante asambleas, para autogestionar la vida democráticamente y evitar las jerarquías, ya que estas impiden las relaciones de afecto. En los *Hechos de los apóstoles* la palabra iglesia aparece constantemente, aunque en aquellos años denotaba algo muy diferente a lo actual, ya que procede de la palabra griega *ekklesía*, que significa *asamblea*.

- Vedar líderes o jefes que impusieran su dominio sobre el prójimo, de ahí que todos se llamaran *“hermanos”* entre sí. Además, *“los apóstoles Bernabé y Pablo [...] rasgaron sus ropas y se lanzaron a la multitud dando voces y diciendo: Hombres, ¿por qué hacen estas cosas? Nosotros también somos hombres de la misma naturaleza que ustedes”*.

- Tratar a todos por igual, sin sexismos. De modo que *“Los que creían en el Señor aumentaban cada vez más, gran número así de hombres como de mujeres...”*. Lo mismo que entre razas, etnias, pueblos, tribus y clases dado que: *“Dios no hace distinción de personas,...”*, *“Él es el Señor de todos.”*

- Rechazar tajantemente el esclavismo, o cualquier otro tipo de explotación, por eso todo el mundo realizaba trabajo manual. Así nos transmiten que *“Pablo... permaneció con ellos y trabajaba...”*; y más adelante el mismo Pablo declara: *“Ustedes saben que estas manos proveyeron para mis necesidades y para aquellos que estaban conmigo. En todo les he demostrado que trabajando así es necesario apoyar a los débiles...”*

- Combatir al Estado, a la par que desplegar un proyecto que instaure una nueva sociedad cualitativamente superior. En su caso desafiaron a las élites romanas y judías, debido a lo cual *“Echaron mano a los apóstoles y los pusieron en la cárcel pública...”* Su objetivo era imitar la vida y seguir las enseñanzas de *“Jesús, a quien ustedes mataron colgándole en un madero”*.

Si lo que se acaba de inferir no se entiende actualmente es porque se ignora la verdad de los hechos acaecidos, producto de una concienzuda difamación, ocultación y falsificación del cristianismo, por la sencilla razón de que fue el movimiento popular más importante de la historia conocida, por tanto odiado por aquellos que escriben la historia, los que mandan. Pero

cualquiera con un mínimo de sentido común y ganas de averiguar la verdad llegará a similares conclusiones. Una nueva y bella versión, positivamente reinterpretada, de los Evangelios es *El evangelio del hombre* de Beñat Arginzoniz.

Sin embargo, la meta hoy no ha de ser la imitación del cristianismo. Hemos de buscar la comprensión de su realidad histórica con el fin de aprender de nuestro pasado, de rescatar sus positivities y esquivar las negatividades; igual que estudiar con espíritu superador los pueblos prerromanos y los posteriores pueblos ibéricos surgidos de la revolución altomedieval, quienes desplegaron una cosmovisión comunal y concejil. Las futuras nuevas sociedades revolucionarias se han de crear, en gran parte, a partir de los cimientos culturales de nuestros antepasados.

Apuntes finales

Ahora se especificarán otros cuatro aspectos negativos en el pensamiento del marsellés, los cuales complementan lo mencionado previamente.

En sus textos comprobamos que coloca a Cristo a la altura de Dios, concepto que ni siquiera en la Biblia aparece tan nítido, ya que también lo encontramos repetidamente como un hombre corriente. Esta idea de Jesús como un individuo terrenal, aunque excepcional, debió ser compartida por numerosos integrantes del cristianismo primitivo. Las élites romanas y la Iglesia impulsaron la deificación de Cristo para situarle en un plano sobrenatural, y así convertirle en un ser netamente divino, por consiguiente inalcanzable e inimitable. De esta manera se adulteraba por completo el mensaje cristiano.

Otrosí Salviano ampara las ideas religiosas de recompensa futura, temor al castigo divino y del premio post mortem por nuestras acciones presentes. Estas nociones causan que las personas nos movamos con arreglo a nuestro interés particular, por miedo a recibir un escarmiento o buscando una retribución, en lugar de que nuestras existencias se basen en el esfuerzo desinteresado por el amor, el bien, la verdad, la libertad y/o la justicia.

Además, cedió al paternalismo respecto a esclavos y pobres, al no exigirles apenas responsabilidad por la situación que padecían, fomentando como consecuencia el victimismo. Aquéllos no fueron solo perjudicados por el sistema, como ahora tampoco lo somos, sino simultáneamente sus partícipes y sostenedores. La víctima ad infinitum se paraliza y se resigna a su trágica inexistencia, renuncia a autoedificarse, del mismo modo que rehúsa organizarse junto a sus iguales con el fin de hacer frente al despotismo.

Por último, un desacierto de Salviano y el cristianismo fue su adhesión al concepto de verdad divina o revelada. Aun cuando en el génesis del movimiento cristiano esa idea no habría tenido apenas peso, inequívocamente tuvo cierta relevancia. La ascendiente de ese dogma en su gnoseología y epistemología desembocó en reflexiones, análisis, estrategias y actuaciones equivocadas. Lo óptimo es un esfuerzo cognoscitivo ateórico e integral, basado en los hechos, la experiencia concreta y la intrínseca complejidad de lo real, guiado por el amor a la verdad y precavido ante su inherente falibilidad e incertidumbre, impulsado por la valentía y el compromiso ético.

Una vez esclarecidas sus faltas, en justicia se ha de culminar con una estimación de sus logros y legado. En primer lugar, el acercamiento a su obra es clave a la hora de aprehender plenamente el cristianismo verdadero y revolucionario. Asimismo, son de gran valía sus descripciones y análisis de la caída del Imperio romano, junto a su apología de las virtudes y valores clásicos que componen lo mejor de la cultura occidental.

Este aspecto es determinante puesto que en nuestros días se está desarrollando un proceso aculturador demoleedor, que tiene como finalidad que olvidemos nuestros orígenes y nuestras raíces, para sustituir nuestra cultura, europea, por los orientalismos, el islam y las sandeces vomitadas por artistas, intelectuales, profesores, famosos, políticos, etc. Una de las razones principales para ello es que los poderhabientes pretenden erradicar todo recuerdo de sociedades y cosmovisiones pretéritas que nos puedan insuflar espíritu revolucionario. De tal forma que ahora, más que nunca, resulta urgente leer a Salviano de Marsella, dado que es un personaje central de la cultura europea.

A más de lo especificado, ejerce de nexo entre dos revoluciones trascendentales, el cristianismo y la gran transformación altomedieval, de ahí que su estudio sea ineludible si se quiere comprender el paso del viejo mundo al nuevo, y por ende la época presente.

Haber recorrido este viaje espiritual entorno a Salviano debe, al menos, habernos servido como fuente de conocimiento y oportunidades para la reflexión, no sólo a través de sus aciertos, sino también de sus errores. No obstante, la pifiaríamos si nos conformáramos con el acto intelectual, si no interiorizáramos la máxima cristiana de amor en actos, de potenciar nuestras capacidades para la acción transformadora. Tiene que impelernos a crear una nueva cosmovisión revolucionaria, una que recoja creativamente lo bueno del pasado al tiempo que genere ideas prístinas. Un proyecto que ponga al individuo y su autoconstrucción en el centro.

Félix Rodrigo Mora

José Francisco Escribano Maenza